



Departamento de Antropología

Especialidad-Maestría en Ciencias Antropológicas

Ensayo de especialidad en Antropología de la cultura

Profesor: Eduardo Nivón

Estudiante: Mariana Martínez Matadamas

Movimientos socioculturales y sus intervenciones en el espacio

25 de agosto de 2023

A lo largo de este ensayo se busca abordar el tema de las estrategias y manifestaciones culturales a partir de las cuales los nuevos movimientos sociales expresan inconformidades. Al ser esta una primera elaboración de un marco teórico para el desarrollo de una investigación para tesis de maestría se intentará transitar brevemente por conceptos útiles para el análisis de acciones de protesta y reclamo que se instalan en el espacio público y crean formas de participación política y construcción identitaria a partir de pintas, colocación de antimonumentos, fotografías y demás intervenciones artísticas. Nos interesamos en estos fenómenos por la potencia que pueden tener de trastocar concepciones que, en la mayoría de las veces, se consideran fijas: la historia y sus representaciones en el espacio, la identidad nacional, la forma en la que se organiza y controla el espacio público, las relaciones de los ciudadanos con este y como esto se enlaza más profundamente con cuestiones de igualdad, derecho a la memoria, a la libre expresión y organización.

El objetivo, por tanto, es observar la forma en la que la cultura y los procesos políticos se entrelazan, enfocándonos en las apropiaciones en el espacio y las expresiones gráficas, los performances y las estrategias creativas que se desarrollan en estos emplazamientos para reapropiarse y reconfigurar simbólicamente las nociones comunes o hegemónicas. En suma, el entramado conceptual y teórico que desplegaremos en este escrito está diseñado para poder entrever los cuestionamientos y debates que genera la apropiación del espacio, así como las reconfiguraciones que surgen a partir de su instauración en espacios cotidianos.

La mirada a través de la cual buscamos realizar este análisis es la de la antropología de la cultura y los estudios culturales. Por esta razón considero necesario introducir el concepto de cultura al que recurro, pues se trata de un concepto que ha sido ampliamente debatido y que cuenta con un sinnúmero de conceptualizaciones y formas de acercamiento. Para lograr esta tarea de analizar fenómenos sociales contemporáneos rescatamos la definición propuesta por García Canclini, que la concibe como un “conjunto de los procesos sociales de significación, o, de un modo más complejo, la cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social” (García Canclini, 2004:34). Esta concepción procesual que permite ver las transformaciones e interacciones de la esfera cultural es vital para poder traspasar los esencialismos y poder captar matices, intercambios y potencialidades en las expresiones culturales.

Jackson señala que, “si viéramos a la cultura como algo dinámico, algo que la gente utiliza para adaptarse a las condiciones sociales cambiantes -y como algo a lo que se adapta en etapas- tendremos un sentido más útil de cómo opera la cultura en el tiempo, particularmente en las situaciones que demandan cambios rápidos” (Jackson, 1995: 19). En este caso, mi interés es la forma en la que cada grupo social disputa la significación y los usos de los objetos, los espacios y los monumentos para buscar dotarlos de nuevos significados y comunicar mensajes relacionados con los valores y preocupaciones sociales actuales.

La importancia de abordar las disputas de los espacios públicos desde lo simbólico y no sólo desde lo político tiene que ver con que la cultura es aquella instancia en la que se reproduce y produce la sociedad; es decir que la cultura da sentido y forma a los procesos de significación de nuestra vida cotidiana. La vinculación de la cultura con el campo de lo socio material es la razón por la que en diferentes latitudes y a partir de contextos históricos de dictadura y violencia se gestaron movimientos que disputaron (y disputan) el espacio para poder materializar otro tipo de memorias colectivas. Esta búsqueda de expresión y materialización se liga directamente a una “voluntad de recordar [que] va unida en gran medida a la sonorización de las voces silenciadas por situaciones opresivas y la visibilización de hechos eliminados de la escritura de la historia” (Fernández, 2016, p. 38).

Quisiera iniciar pues con este ensayo convocando brevemente las transformaciones que se han generado alrededor de la construcción de la identidad. De acuerdo con Hall la identificación “se construye sobre la base del reconocimiento de algún origen común o unas características compartidas con otra persona o grupo o con un ideal” (Hall, 2003: 15); se trata de una construcción, un proceso condicional y contingente, con características históricamente específicas. Bajo este entendimiento considero necesario mencionar que la forma en la que nos percibimos como parte (o no) de una sociedad también se ve modificada por la cultura en la que estamos imbuidos, por la interculturalidad y globalización, y otros fenómenos que han sido fruto de la modernización y el desarrollo tecnológico.

Es interesante ver en la actualidad una serie de reivindicaciones y transformaciones que se afirman a partir de las diferencias por parte de minorías o grupos que cada vez adquieren mayor visibilidad, capacidad de elección y participación en las sociedades democráticas. Esta diversidad

o multiplicación de adscripciones nace de la pertenencia a comunidades: la LGBTIQ+ y las diversidades sexuales, los feminismos, ecologismos, anticapitalismos, comunidades religiosas, étnicas, lingüísticas, y una serie de configuraciones sociopolíticas y afectivas que se van sumando, como piezas de un rompecabezas, y que dan asidero a la forma en que las personas se sitúan en sus diferentes esferas sociales.

En un mundo globalizado en el que han ocurrido grandes modificaciones en cuanto a la percepción espaciotemporal, en la que el capitalismo ha reducido distancias, las redes digitales han facilitado el intercambio cultural y aumentado la cantidad de empresas y organismos multinacionales que difuminan las fronteras para unos, mientras que las refuerzan para excluir a otros, vemos la preocupación por la amenazante ‘homogeneización’ cultural. Si bien los mercados globales buscan crear nichos de consumo a partir de la unificación de mercados, prevalece también la pluralidad y diversidad de formas de ser.

Identificamos, desde la década de los 80 cómo la sociedad ha venido negando consistentemente y descartado la existencia de la identidad como esencia, armonía, como posesión de una serie de categorías inertes. Gracias, por una parte, al debate entre modernidad y posmodernidad y al fracaso de las grandes verdades y universalidades de la ilustración la búsqueda de cohesión a través de grandes relatos se ha visto debilitada; sumado a eso, el descentramiento de los sujetos, el foco en la diversidad de modos de vida, identidades, subjetividades, y la centralidad que obtuvieron los pequeños relatos permitió que el foco de atención se desplazara para mirar a las subalternidades, la otredad, la pluralidad.

Asimismo, los flujos migratorios, la formación de comunidades en diáspora, el incremento de flujos de turistas, grupos de refugiados que huían de sus lugares de origen, permitieron el desplazamiento de personas de un lado del globo al otro e incrementaron los contactos interculturales. Estos flujos se añadían a los entramados identitarios fincados en la edad, la etnia, y otros aspectos, dando mayor complejidad a las dinámicas nacionales e internacionales, y por supuesto, detonando conflictos ante estas nuevas escenas en las que entraban a escena una pluralidad de otredades que se sumaban a las alteridades ya conocidas.

Este cambio despertó preocupaciones por considerarse como un inicio de la disolución de identidades colectivas y comunidades debido a los cambios culturales. Si bien esta lógica de la

diferencia presenta situaciones de alta conflictividad y cuestionamiento al ocasionar luchas entre narrativas hegemónicas y otras provenientes de grupos minorizados o invisibilizados, es importante tomar en cuenta la forma en la que las nuevas identidades fincadas en la diferencia pueden construir nuevas formas de construir vínculos y resignificar los existentes. Por ejemplo, vemos los esfuerzos realizados por los Estados, en este contexto, que se han visto en la tarea de reforzar y replantear caracteres fundamentales de su identidad histórica para conservar una memoria histórica compartida que dote de identidad a aquellos que habitan dentro de sus fronteras.

Abordamos este tema desde la identidad pues reconocemos su incompletitud e inacabamiento, y afirmamos que dando cabida a la contingencia y a la posición relacional por medio de la cual se producen las identificaciones se puede dar cuenta de los cambios y fragmentaciones en la identidad individual y colectiva. En este sentido, consideramos necesario apegarnos a la propuesta de Arfuch de enfocarse en “el cómo usamos los recursos del lenguaje, la historia y la cultura en el proceso de devenir más que de ser, cómo nos representamos, cómo somos representados o podríamos representarnos” (2002: 24). La pertinencia de esta conceptualización, por ende, tiene que ver con que posibilita captar la forma en que las narrativas van conformándose a partir de la expresividad de los grupos y sus formas de autorrepresentación.

Traemos a colación, por esto mismo, la identificación narrativa, término acuñado por Paul Ricoeur (1995) bajo el cual el conocimiento de sí mismo es resultado de la narración de la propia historia a partir de la ilación de una serie de sucesos. Es decir que es por medio de la narración de ciertos hechos iniciales y finales que las personas los hacen suyos y consideran como constitutivos de su identidad personal. Para esta investigación no nos centraremos tan detalladamente en la identidad personal, sino en la identidad grupal que se va forjando a partir de las prácticas narrativas.

Contamos historias porque, al fin y al cabo, las vidas humanas necesitan y merecen contarse. Esta observación adquiere toda su fuerza cuando evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y de los perdedores. Toda la historia del sufrimiento clama venganza y pide narración. (Ricoeur, 1995: 146)

Estos actos narrativos que buscan dar sentido a los acontecimientos implican tanto una búsqueda de comprensión interna como una necesidad de comunicar lo vivido para que otros reconozcan en lo pasado la existencia de una serie de sucesos fragmentados de los cuales es

necesario asumir y responsabilizarse. En esta reivindicación o búsqueda de identidad, la memoria se erige como elemento central. Memoria como aquel recurso al que los grupos y movimientos sociales se afianzan para construir una identidad social diferenciada, una organización y un sentimiento de pertenencia, así como una agenda política a seguir.

Por otra parte, también hubo un cambio en la forma en la que se concebía el espacio-tiempo gracias a los cambios tecnológicos. Si bien esto ya había comenzado con la aparición de los telégrafos, automóviles, aeroplanos, la radio o los ferrocarriles, los avances científicos dieron lugar a nuevas posibilidades de interconexión gracias al internet. Esto permitía no solo la inmediatez en cuanto a la comunicación, acceso a información y noticias de todo el mundo, sino también un flujo libre de capitales y formas espaciales y temporales que buscaban moldear las relaciones sociales y productivas a este ritmo acelerado, globalizado, que privilegiaba la eficiencia y la rapidez que ya venía anhelando la Revolución Industrial.

Las sensaciones que se producían a partir de esto fueron, cada vez más, las del achicamiento del mundo, o como lo llama David Harvey (1998) la *compresión del espacio-tiempo* gracias a la forma en la que lugares lejanos y fragmentarios creaban lazos de interconexión cada vez más estables y rápidos. El aumento de influencia que adquirieron lugares distantes por sobre de otros, así como el aumento de flujos de personas, información y mercancías complejizó la situación política, social y económica del mundo entero. Harvey identificó que “cuanto más unificado esté el espacio, más importancia asumirán las cualidades de las fragmentaciones para la identidad y la acción social” (Harvey, 1998: 300), lo que resultó en un esfuerzo por construir y reforzar las identidades locales, la creación de comunidades y fortalecer la tradición ante los influjos del mercado y las fuerzas globalizadoras.

En este tenor, se recurrió al pasado para poder construir una continuidad histórica que diera arraigo ante la fragmentación. Bien señala Harvey (1998) que, desde el siglo XIX en adelante “Las ruinas contribuían a arraigar nuestra vapuleada identidad en un mundo en rápida transformación. También fue una época en que los artefactos del pasado o de lugares lejanos comenzaron a circular como valiosas mercancías.

Ante un contexto global en el que la incertidumbre y la falta de anclajes identitarios trasciende las diferentes escalas espaciales, la memoria se convierte en una herramienta poderosa

para los sectores marginados; funciona como un aglutinante que busca reconstruir comunidades sumamente fragmentadas. Las disputas por la memoria, por la interpretación entre el pasado, y futuro, así como la evaluación del presente también dan como resultado diferentes estrategias culturales para enfrentar las luchas políticas sobre el sentido de la memoria y las interpretaciones de eventos específicos.

Vemos, tanto en las tendencias de patrimonialización como en la apropiación del espacio público la presencia del pasado en el paisaje urbano, pero con diferentes abordajes, concepciones e interpretaciones. Debido a esta recurrencia al uso del pasado creemos útil discutir brevemente la dupla memoria-historia por tratarse de un debate que contextualiza las disputas por el pasado, la memoria y la palabra que se despliegan hoy en día. Si bien autores como Pierre Nora o Maurice Halbwachs han hecho delimitaciones conceptuales que oponen la historia a la memoria, considerando a la primera como un tiempo del afuera por conformarse a partir de un distanciamiento teórico y analítico, mientras que la segunda se reduce al tiempo de lo vivido, nosotros no estamos totalmente de acuerdo con este marcaje de fronteras. En cambio, consideramos que “la memoria, como la historia, es un modo de selección en el pasado, una construcción intelectual y no un flujo exterior del pensamiento” (Dosse, 2012: 222) y, por tanto, debemos reconocer la relación dialéctica entre memoria e historia, y la existencia de una tríada entre pasado-presente y futuro.

Dicha concepción de la historia y memoria no es nueva, sino que está vinculada a una nueva perspectiva espaciotemporal cuyo surgimiento, ubica Françoise Dosse (2012) en la década de los 70 como momento en el que la historia adquirió protagonismo en la vida pública contemporánea. Este fenómeno fue resultado por una parte de la creación de comisiones de la verdad y de justicia para víctimas de regímenes totalitarios, dictaduras militares, violencia y genocidio, siendo un evento histórico fundamental el Holocausto y el auge de los testimonios. Huyssen (2002) suma a este papel cada vez más relevante de la historia y la memoria, la aparición desde la década de 1960 de historiografías alternativas y revisionista como consecuencia de la descolonización y de movimientos sociales ansiosos por recodificar el pasado.

Este recurrir de forma obsesiva a la rememoración y el pasado resulta también de una crisis de la percepción del porvenir producida por el derribo de la idea de desarrollo nacional y global,

de una historia que avanzaba hacia adelante, del ‘progreso’ que nos destinaría a la conformación de sociedades libres, armoniosas y llenas de bonanza. Esta idea positiva del futuro se venía desmoronando para dejar en su lugar un sentimiento de incertidumbre y miedo a lo que podría suceder gracias a la derrota de los ideales revolucionarios, las crisis económicas, el fin del Estado benefactor, etc.

Para poder entender este fenómeno, Huysen explica:

Cuánto más prevalece el presente del capitalismo consumista avanzado por sobre el pasado y el futuro, cuanto más absorbe el tiempo pretérito y el porvenir en un espacio sincrónico en expansión, tanto más débil es el asidero del presente en sí mismo, tanto más frágil es la estabilidad e identidad que ofrece a los sujetos contemporáneos (Huysen, 2002: 16).

Esto implica una desestabilización en la identidad de los sujetos modernos, quienes ven como sus tradiciones y sensibilidades fundantes son impactadas por la modernización y mercantilización al punto de percibir una pérdida de identidad colectiva o comunitaria.

Todos estos cambios tendientes a la modificación de la percepción del tiempo y su relación con la identidad implicaron una pérdida de confianza en los grandes relatos, en las narrativas nacionalistas e impulsaron historiografías críticas que se construían de la mano de las luchas por los derechos humanos y la democratización de las sociedades. La historia, ahora más ligada a la memoria colectiva encarnada en lo social, se piensa como herramienta para la construcción de un futuro desde lo local y desde reinterpretaciones que enfatizan la violencia fundadora en la que se basa la legitimidad de ciertas comunidades históricas. Esta tendencia a la memorización y a la concepción crítica de la historia se enlaza también con situaciones de violencia, migración, carencias, racismo, segregación y en general de procesos de desarraigo.

En México, se aprecia especialmente desde 2006 gracias a la declaratoria de la guerra contra el narco por el presidente Felipe Calderón que desplegaba un ataque frontal militar a cárteles de narcotráfico debido al avance del control territorial de diferentes grupos de narcotráfico y el sentimiento de inseguridad. Las consecuencias de esta guerra fue la instauración de un régimen de castigo y venganza entre grupos, de la ampliación de rivalidades y la reestructuración de los carteles, de violaciones a derechos humanos, un aumento de la violencia y muertes de civiles como ‘daños colaterales’. Y en general una espectacularización de la violencia que dejaba tras de sí

cuerpos desmembrados, colgados, descabezados, desaparecidos, etc. Y en general, una sensación de peligrosidad y crisis social que encendió las alertas de la población. Si bien no se puede decir que en esta fecha inició la violencia en México, pues esta también es resultado de procesos históricos y sociales acumulativos, esta guerra fue crítica en cuanto al aumento de violencia y la sensación de inseguridad.

Actualmente el promedio de homicidios dolosos a nivel nacional en 2023 es de 2,197 mensuales (Comisión Nacional de Seguridad, 2023) y tan solo en junio de 2023 se registraron 81 víctimas de feminicidio (Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública & Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana, 2023); en el caso de desapariciones, de acuerdo con el Programa Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas y No Localizadas en febrero de 2023 existían 111 mil personas registradas, y reconocían que a finales de 2021 se encontraban 52 mil cuerpos no identificados en instalaciones forenses o en fosas comunes (Comisión Nacional de Búsqueda, 2023).

Asimismo, el año pasado se dictaminó que México tiene un índice de impunidad de 49.57, manteniendo una distancia de nueve lugares con el país con más alto índice de impunidad, Tailandia (62.82) (Le Clercq et al., 2022) lo que vuelve aún más crítica la situación en la que vive la población mexicana pues, por una parte el Estado mexicano carece de capacidades institucionales para establecer políticas de seguridad y acceso a la justicia; por otra parte hay una gran desconfianza por parte de la ciudadanía hacia las instituciones de seguridad y justicia para denunciar los delitos de los que fueron víctimas.

Estas son algunas de las razones por la que comenzaron a ser colocadas estructuras llamadas “antimonumentos”, que desde 2015 en México comenzaron a aparecer en el espacio público, tanto en la Ciudad de México como en otros estados de la República mexicana. Y así como surgieron estas estructuras, también comenzaron a visibilizarse otros esfuerzos de colectivos que, por medio de tácticas artísticas, estéticas y de apropiación del espacio público representaban la injusticia, la impunidad y la invisibilización de la violencia que se vive en el país.

Ejemplos de antimonumento como el de Pasta de Conchos, Guardería ABC, Ayotzinapa, el Halconazo, así como la Glorieta de los Desaparecidos, la Glorieta de las mujeres que luchan, en la Ciudad de México simbolizan casos paradigmáticos de impunidad, corrupción, violencia,

incompetencia de las instituciones gubernamentales, pero que no han tenido una respuesta por parte de las autoridades judiciales que deberían garantizar la justicia. Para denunciar estos hechos colectivos organizadas de víctimas, familiares y sociedad civil se organizaron para instalar espacios de memoria y lucha que se reconocen por medio de símbolos, números, fotografías, estructuras de metal, cada elemento con significados diferentes de acuerdo con el caso al que aluden, pero cohesionados por un objetivo común: la denuncia y la búsqueda de un mejor futuro.

Consideramos interesante recurrir a la lectura y análisis de la *identidad narrativa* de Ricoeur, puesto que es imprescindible para el trabajo y el análisis a desarrollar tomar en cuenta la práctica narrativa como parte de una conformación identitaria, que implica además diferentes lugares de enunciación, el diálogo con la otredad y una dialéctica entre tradición e innovación. Ante una conceptualización de este tipo, consideramos que prestando atención a los intercambios y diálogos suscitados es posible reconocer las nacientes identidades colectivas conformadas por puntos de vista protagónicos, su interlocución y como se sitúan una respecto a la otra en la actualidad.

Para desarrollar un poco más este aspecto, mencionamos brevemente dos disputas de la memoria-historia que vemos desarrollarse dentro de estas manifestaciones simbólicas. Por una parte, una historia oficial, que busca construir nuevas bases ideológicas para la consolidación de una identidad nacional renovada y fortalecida. Esta la podemos distinguir, por ejemplo, en las conferencias matutinas dictadas por el presidente de México Andrés Manuel López Obrador en las que se realizan alusiones a momentos y personajes históricos del país a los que considera ejemplares moralmente y de ideas de avanzada para su época como Benito Juárez, José María Morelos y Pavón, Francisco I. Madero, Miguel Hidalgo y Costilla y Lázaro Cárdenas; o la narrativa que se ha creado a partir de las 4 transformaciones a lo largo de la historia mexicana —la Independencia de México (1810-1821), la Reforma Liberal (1854-1861), la Revolución (1910-1917) y su actual gobierno— que intentaron/intentan modificar las estructuras de poder.

Vemos también la reimpresión y difusión de una cartilla moral escrita por Alfonso Reyes para “lograr el renacimiento de México (...) es un primer paso para iniciar una reflexión nacional sobre principios y valores (...) para construir entre todos una sociedad mejor” (Reyes, 2018) comenta López Obrador en la presentación a este escrito. El recurrir a eventos históricos para

abordar hechos y problemáticas del presente como el intentar fortalecer principios y valores básicos de convivencia tiene que ver con la búsqueda de restaurar lo que Lomnitz (2021) llama *tejido social rasgado*, es decir a los lazos sociales o entramado de interdependencias de una comunidad se han vuelto extremadamente frágiles y cada vez más con más probabilidades de fragmentarse.

Esto se mezcla también con el uso de mecanismos que intentan “manipular la memoria”, “distorsionar la realidad” o simplemente fungir como elementos de legitimación del poder: se trata de fenómenos ideológicos (Ricoeur, 2004: 112). Estas acciones se enmarcarían, a final de cuentas, en un proceso que aplica efectos de distorsión a eventos del pasado para fijar relatos de gloria, de fundación y humillación que legitiman a las autoridades y generan una memorización forzada que, mediante la instauración de una narrativa oficial celebrada públicamente, exalte acontecimientos fundadores. En pocas palabras, se trata de forjar una identidad comunitaria a partir de elementos simbólicos y retóricos que manipulan la memoria para enlazarla con los objetivos definidos desde la narrativa gubernamental e institucional.

Si tomamos en cuenta que las “identidades nunca se unifican y, en los tiempos de la modernidad tardía, están cada vez más fragmentadas y fracturadas; nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y antagónicos” (Hall, 2003: 27), entonces no debemos pensar que estas acciones lograr cohesionar totalmente las identidades, memorias e historias. Siempre hay narrativas contrahegemónicas. Son estas otras las que nos interesan, siendo focales las que están respaldadas por organizaciones que luchan a favor de los derechos humanos, el cese a la violencia y la pronta y efectiva acción —tanto preventiva como resolutive— de crímenes y violencias sistemáticas.

Ante la denuncia de estas formas de manipulación y distorsión de las narrativas históricas, las colectivas responden evidenciando las promesas incumplidas, las deudas históricas y la falta de compromiso con ciertos sectores de la sociedad. Esto lo hacen por medio de la creación de espacios testimoniales en que se vierten las vivencias, el dolor, la rabia y las afectividades que se producen dentro de las diferentes luchas por la justicia. Se trata de espacios que desmenuzan las violencias, asimetrías e injusticias que, por medio de testimonios y discursos, intentan superar la “masificación del fenómeno [que] actúa deshumanizándolo, convirtiéndolo en una cuestión estadística”

(Calveiro, 2001: 30) y en su lugar pretenden tejer comunidades emocionales y crear “espacios donde el dolor compartido logra trascender la indignación y alimenta la movilización colectiva” (Hernández Castillo, 2019: 115). El hecho de que existan espacios de memoria, dolor y exigencia de justicia proveen testimonios, permiten llorar y sacar el enojo que implica ser sistemáticamente negado, olvidado por un sistema de justicia.

Las intervenciones realizadas por movimientos socioculturales son manifestaciones culturales constituidas como campo de lucha de poder, en la que se expresan conflictos, inconformidades, desigualdades. Ante una “crisis de las instituciones del Estado-nación y de la sociedad civil constituida en torno al Estado” (Castells, 2010: 4) hay movilizaciones de sectores diferentes de la sociedad que plasman demandas, proyectos y se buscan generar lazos de identificación que detonen la acción. Y a pesar de que son espacios que contienen memorias indignantes, pueden ser borrados y olvidados, despojados de todo ese significado de resistencia o verse envueltos en el flujo de imágenes de los medios de comunicación masiva que gracias a la inmediatez y el bombardeo de imágenes. Como señala Grimson, “La diferencia entre hacer público y poner en común puede traducirse en dos posibilidades conceptualmente extremas de la comunicación: el contacto y la comprensión” (Grimson, 2011: 193).

Si bien la historia y la memoria oficiales establecen fechas conmemorativas e instauran regímenes de memoria y olvido selectivos, los colectivos responden a estas imposiciones por medio de la apropiación e intervención a espacios y mobiliario público. Se entabla de esta manera un diálogo entre las propuestas de memorización; cada una “modela la identidad de los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la propia acción” (Ricoeur, 2004: 115), pero persigue intenciones diferentes. Una de ellas, como habíamos adelantado, establece pautas comunes para la creación de identidades comunitarias nacionales y legitima la autoridad de los gobernantes; otra ve de manera crítica esta primera narrativa y cuestiona los esfuerzos por borrar los aspectos negativos y de carencia que se viven actualmente.

Ante discursos que buscan despertar sentimientos patrióticos y de orgullo a partir de la remembranza de las victorias del pasado, las colectivas responden denunciando los feminicidios, las violaciones a los derechos humanos, las desapariciones y crímenes violentos perpetrados por el crimen organizado, la colusión entre el gobierno y los criminales, la impunidad, los despojos de

territorio y de recursos naturales. Esto no significa que nieguen la historia de México, sino que identifican sus raíces y valores en diferentes aspectos, y visibilizan omisiones de carácter político. Incluso hacen uso de la historia, pero para reivindicar a mujeres y personajes revolucionarios, anticapitalistas, que normalmente se borran de los libros y discursos; asimismo, dan seguimiento a los procesos históricos que desembocan en el sinnúmero de violencias que se viven cotidianamente en el país para evidenciar la falta de decisión política y las complicidades que han permitido que las situaciones de violencia y desigualdad transcurran por años y aumenten.

Estos espacios dan lugar y emblemas que identifican y agrupan a las personas para detonar nuevas acciones. A su vez adquieren un poder comunicativo al hacer uso de signos y símbolos que proyecten los posicionamientos de una parte de la sociedad con el fin de cuestionar las estructuras políticas, económicas y sociales existentes, y simultáneamente reclamando y evidenciando como el entramado cultural funge como entorno simbólico en el que se anclan procesos macroeconómicos, relaciones de poder, relaciones de poder y dominación, etc.

También podemos identificar con estos casos como en el espacio se entrelazan lo histórico, lo físico, las prácticas sociales y usos, los símbolos y significados culturales. Es por esta razón que el espacio es un elemento central a partir del cual las personas construyen su identidad, además de su tiempo e historia (Tamayo, 2005, p. 31). Se encarnan y promueven ideologías, imaginarios y fuerzas que afectan nuestra vida cotidiana y es a través de medios artísticos que se examinan y traspasan los límites existentes en la configuración cultural. En este sentido resulta interesante el tema de la intervención del espacio público, sea por medio de pintas, colocación de indumentaria o imágenes representativas de un grupo, o instalación de estructuras en el espacio pues suscitan interacciones entre diferentes grupos que coexisten en ella.

Estas intervenciones no solo ocurren en espacios físicos, sino que han ocupado también los espacios virtuales. Actualmente se han sumado acciones como el uso de las redes sociales para ampliar la difusión y denuncia de acciones represivas y violentas de gobiernos en contra de manifestantes, hasta el uso de proyecciones en edificios y la creación de archivos fotográficos digitales públicos donde recopilar las pintas e intervenciones realizadas en el transcurso de manifestaciones. Esto es parte de aquello que Appadurai señala en *La modernidad desbordada* al puntualizar como “los medios de comunicación electrónicos transformaron decisivamente el

campo de la mediación masiva porque ofrecen nuevos recursos y nuevas disciplinas para la construcción de la imagen de uno mismo y de una imagen del mundo” (Appadurai, 2001: 19).

Las intervenciones a monumentos, instituciones y edificaciones de la vía pública son producto de la imaginación estética de las colectividades de sectores de la sociedad, y que a partir de las expresiones artísticas pueden ser combustible para la acción. La amplificación del alcance de estas intervenciones permite que sobrepasen los límites espaciales y produce condiciones colectivas que posibilitan la formación de comunidades de sentimiento (Appadurai, 2001: 23), es decir grupos de personas que comienzan a sentir e imaginar porvenires como colectividad.

Lo que estamos presenciando son intentos de reconfiguración simbólica de lo material organizada por diferentes colectivos. Vemos un actuar que produce “una cartografía en la que perduran tanto la memoria de un pasado colonial como las desigualdades económicas y sociales, y las diferencias culturales, lingüísticas y de acceso a ciudadanía” (Achugar, 2000: 14). Sería erróneo y simplista afirmar que este accionar solo proviene de sectores progresistas, laicos o desligados de los entramados hegemónicos o gubernamentales. Como parte de la heterogeneidad constitutiva de lo político identificamos una variabilidad de posturas que refuerzan estas formas de acción estética.

Desde movimientos conservadores y de derecha como grupos anti-aborto que colocan pañuelos celestes a esculturas y monumentos, partidarios de políticos como Donald Trump y Jair Bolsonaro que irrumpen en recintos gubernamentales como el Capitolio y el Congreso, realizan pintas y destruyen mobiliario, hasta grupos feministas que realizan pintas, intervienen monumentos con elementos tejidos, tendedores de denuncias, colocan pañuelos verdes que simbolizan la postura pro-aborto y colectivos de familiares de desaparecidos que crean una Glorieta de los desaparecidos para demandar acciones más eficientes y expeditas por parte de las instituciones gubernamentales.

Estas acciones se enmarcan en tramas simbólicas y códigos compartidos a partir de los cuales se identifican a inmuebles de índole comercial, oficinas de servicios financieros y de gestión gubernamental con imaginarios específicos en torno a la democracia, la modernidad, la competitividad global y que, en muchos casos, despiertan fuertes sentimientos nacionalistas. Hay un posicionamiento y una producción de identificaciones que toma como campo de interlocución

a geosímbolos, es decir, edificaciones, lugares o recorridos reconocidos por la mayoría de la población como elementos de identidad; estos pueden estar ligados a las tradiciones y a la historia o estar vinculados con la modernización y la globalización (Garza Villareal, 2000, pág. 424). Es decir que “implican, necesariamente, la sedimentación de ciertos principios de (di)visión compartidos, una lógica sedimentada de la heterogeneidad que habilita e inhabilita posiciones de sujeto y lugares de enunciación” (Grimson, 2011: 176).

Buscamos estudiar estos espacios a partir del concepto de espacios intermedios que, consideramos permite combinar las coordenadas culturales y espaciales al ver los espacios como un “proceso abierto por la irrupción de un acontecimiento que genera sus propias coordenadas espacio-temporales, se caracteriza por la tensión entre un orden anterior y una nueva realidad, expresa la tensión política por el poder de conservar o transformar las categorías para pensar el mundo y, actualiza la lucha tanto en la dimensión simbólica como en la potencia comunicativa que la co-presencia hace posible” (Reguillo, 1996: 52).

La importancia de analizar desde la antropología la ocupación de espacios públicos, las dinámicas generadas desde esos espacios y sus implicaciones para el debate público, así como su recepción en marcos institucionales y sociales predominantes está ligado al contenido imaginativo que inunda esas acciones y permite vislumbrar escenarios diferentes a los percibidos cotidianamente. Como bien reflexiona Paola Di Cori (2002: 91) “el uso del espacio público, además de brindar insospechables ocasiones de resistencia puede en realidad ofrecer aperturas hacia nuevas formas posibles de auto-affirmación y de auto-representación”.

A causa de esto, resulta sugerente recurrir al término espacios intermedios para hablar de las conformaciones espaciotemporales pues buscan transformar categorías fuertemente enraizadas por medio de una co-presencia. Reguillo (2021) identifica que todos aquellos espacios que caben dentro de esta categoría deben su surgimiento a la indignación ante un sistema que reproduce crisis y desigualdades —económicas, sociales, culturales—, en el que se subliman sentimientos de tristeza, hartazgo, enojo que se reelaboran posteriormente en insurrección ante situaciones intolerables.

La identificación del afecto triste que impide actuar, la condensación en el tiempo de dichos afectos y su posterior capacidad de nominación colectiva que, a partir del reconocimiento desbloquea

también la potencia de actuar, son etapas que la autora reconoce como necesarias para desembocar en una insurrección o revuelta. Se trata, por tanto, de procesos de larga duración que van condensándose en el tiempo y espacio y van materializándose para irrumpir en medio de la multitud y conectar con sectores sociales más amplios por medio de los afectos colectivos. Una parte sustancial de dichos espacios, entonces, es el anclaje tanto del deseo como de emociones compartidas en un territorio que acerca e incluye y aumenta la potencia a reelaborar lazos sociales.

Por tanto, la ocupación de plazas en el espacio público trae consigo una serie de símbolos que nos refieren a la posibilidad de cambiar nuestra sociedad si se consigue vincular efectivamente a un gran número de gente. Estos lugares pasan de ser lugares emblemáticos y simbólicos en otro tenor, al relacionarse con conmemoraciones y eventos específicos, a cargarse de nuevos símbolos que hacen alusión a las situaciones de desigualdad y precariedad que inundan las vidas de las personas. Por medio de estas acciones, se revitaliza su significado, se convierten en lugares de encuentro y en cajas de resonancia que potencian la posibilidad de otro mundo (Reguillo, 2021).

El texto “Diálogos para la estética de la Deconstitución” vemos, por ejemplo, que el monumento es entendido como un artefacto estético a partir del cual

(...) proponen un habitar restringido a la totalizante experiencia de un dispositivo que recuerda y olvida y que, con el paso del tiempo y pese a su anacronismo, aún sostiene un modo de hacer la Historia que permite la vigencia del adentro y del afuera, ubicando a las historias como naturalezas desordenadas y peligrosas que debemos conjurar. (Barbieri, 2018)

Un movimiento sociocultural como aquellos que instalan antimonumentos sería, por tanto, aquel ejercicio de incidencia en diferentes espacios mediante la expresión de demandas. Y a la vez, aportaría una reelaboración de la monumentalidad por ser una ruptura con el intento de ordenar y totalizar la historia y el conocimiento al de ser una narrativa lanzada desde un centro para convertirse en una polifonía. Esta ruptura, como Barbieri señala, sería creada por un grupo de “nadies” porque no reúne los requisitos para merecer una conmemoración pero que a partir de la reivindicación de estos sujetos cuestionaría los dispositivos y reglas a partir de las cuales se rige la monumentalidad conmemorativa. Los cuestionamientos sobre la legitimidad de los sujetos, los lugares de enunciación, y el reconocimiento por parte de otros sectores sociales en el proceso de la rememoración y conmemoración irrumpen también.

Es por esto por lo que vemos las grandes dificultades que se interponen al momento de intentar generar acuerdos entre el gobierno y los colectivos. Cada uno de los actores es consciente de que sus objetivos están fincados en aspectos diametralmente diferentes y que no coinciden en luchas y no siempre están dispuestos a conciliarlas. Además, el distanciamiento, la desconfianza, y la búsqueda de autonomía con respecto a lo gubernamental se relaciona también a un contexto en que la mayoría de mujeres y población minorizada “no creen en las instituciones del Estado, ni en la lucha jurídica como principal camino para denunciar la impunidad y lograr el resarcimiento de los agravios” (Hernández Castillo, 2019, p. 101). Añadido a esto, las autoridades buscan reafirmar su poder de decisión y control sobre el espacio público por lo que vemos declaraciones en las que se desestima la organización de la sociedad civil, y se resta legitimidad a estas acciones de apropiación de espacios, como la del gobernador de Guadalajara, Enrique Alfaro, sobre el antimonumento colocado en Jalisco en memoria de las víctimas de la represión policiaca del 20 de junio de 2020:

No hay polémica. Claro, lo retiró el gobierno del estado y el gobierno del ayuntamiento municipal de Guadalajara porque está prohibido poner eso. Imagínense ahora ustedes que cualquier persona llegue y ponga un monumento en el centro, que absurdo es ese, no funciona así, no va a funcionar así, no pasa nada.

O se generan políticas de confrontación y de planeación unilateral como aquella en respuesta a la Glorieta de las mujeres que luchan, la exGlorieta de Colón, un espacio apropiado de por el Frente de mujeres que luchan —una colectiva formada por madres de personas desaparecidas, madres de víctimas de feminicidio, defensoras del agua y de la tierra, así como de mujeres indígenas y mujeres pertenecientes a otros movimientos de lucha— con el objetivo de convertirla en la Glorieta de las mujeres que luchan, un espacio para que se representen y converjan luchas encabezadas por mujeres.

Desde su ocupación el 25 de septiembre de 2021 después del retiro por parte del gobierno de la estatua de Colón, las relaciones entre el Frente de mujeres y los funcionarios del gobierno han estado llenas de tensiones: en un inicio, las autoridades exigieron la liberación de este espacio, y al no ver respuesta a esta exigencia, realizaron *atentados*¹ contra los elementos instalados;

¹ Replico esta expresión pues fue la utilizada por el frente de mujeres que luchan durante una declaración. Se recurrió al término para denominar de esta manera a acciones tales como el borrado de la inscripción “Glorieta de

posterior a mesas de negociación entre autoridades y el Frente, se propuso instalar una escultura de la Joven de Amajac, una escultura de una mujer indígena. Dicha propuesta fue rechazada, al igual que aquella de permitir la coexistencia entre la antimonumenta “justicia” y la Joven Amajac; a pesar de esto la escultura de la Joven de Amajac fue colocada frente a la Glorieta de las mujeres que luchan a finales del mes de julio del año en curso.

Con esta acción vemos como se despliegan discursos que dificultan los acercamientos como la denunciada en esta declaración durante una conferencia de prensa:

Se decidió de manera unilateral un proyecto gubernamental tendiente a imponer a la escultura llamada la Joven de Amajac; una escultura que viene de Veracruz y que según palabras de la jefa de gobierno representa a la “mujer de poder”; a una mujer gobernante que se usó de manera prehispánica, se descubrió hace varios años esa escultura. Lo que no entiende la jefa de gobierno ni las autoridades de la Ciudad de México es que aquí no estamos mujeres gobernantes, aquí estamos mujeres que hemos sido víctimas sistemáticas del aparato gubernamental y que aceptar que la Mujer de Amajac se instale en este espacio es cederles un espacio que ha sido tomado por las ciudadanas de manera legítima, que han habitado y que han hecho suyo por medio de varias luchas (Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos, 2023).

Lo que las colectivas defienden a capa y espada es esa experiencia de la metrópoli que se ha transformado en esta Glorieta. Al ser esta experiencia un “proceso de significación, uso y apropiación del entorno que se realiza en el tiempo, y que por lo tanto nunca puede considerarse como “acabado” ya que se está haciendo continuamente” (Signorelli, 2006, como se citó en Duhau y Giglia, 2008: 22) no basta con colocar un antimonumento, placas informativas o tendedores de denuncias; se trata de continuar habitando el espacio, activándolo y generando formas de sociabilidad para que se mantenga ese significado. Habitarlo, como lo entienden Duhau y Giglia, mediante un “conjunto de prácticas y representaciones que hacen posible y articulan la presencia —más o menos estable, efímera o móvil— de los sujetos en el espacio urbano y de allí su relación con otros sujetos” (Duhau y Giglia, 2008: 24).

las mujeres que luchan” en las vallas colocadas alrededor del pedestal de Colón, la destrucción de estructuras que explicaban la historia de la toma, robo de elementos instalados en la glorieta, entre otras. Es interesante la elección de esta palabra pues, al ser mujeres criminalizadas por sus acciones de apropiación e intervención en el espacio, también utilizan esta misma estrategia de denuncia de actos violentos tanto a nivel simbólico como material hacia el espacio y las colectivas participantes.

Acertadamente, Stuart Hall, menciona que “las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no «quiénes somos» o «de dónde venimos» sino en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos” (Hall, 2003: 17-18). Vemos que, más allá de las meras manifestaciones por medio de performance, herramientas gráficas, modificaciones en el mobiliario urbano, se expresan esbozos de proyectos cuya intencionalidad es lograr disputar el sentido y significaciones otorgadas a ciertos elementos de los códigos culturales y lograr forjar coincidencias en las identidades y posicionamientos de los individuos para construir comunidades de sentimiento más grandes, más solidarias y más dispuestas a tomar acciones consecuentes a sus intereses y demandas.

Finalmente, consideramos que el abordar las acciones de intervención en el espacio a partir de prácticas imaginativas como las que se han desarrollado a lo largo del texto, permite introducir a las discusiones sobre cultura y movimientos culturales aquello que estaba ausente en las definiciones clásicas de cultura, por lo menos dentro de las elaboraciones de la antropología del siglo XX: la heterogeneidad, la conflictividad, la desigualdad, la historicidad y el poder (Grimson, 2011: 187). Ante fenómenos culturales tan complejos que toman lugar en un mundo globalizado e interconectado, surgen nuevas formas de estudiar lo cultural más allá de definiciones sustancialistas o intranacionales. Abordar las acciones expresivas y disruptivas a partir de la concepción de configuraciones culturales, de la cultura como semiótica permite incluir procesos de interacción, confrontación y negociación entre sistemas socioculturales diversos y reconoce el papel que los movimientos sociales tienen para modificar las definiciones de lo cultural.

Estas luchas recurren a formas de expresividad que, mediante recursos metafóricos, buscan redefinir prácticas y símbolos comunes, es decir las bases simbólicas compartidas con un fin específico. Esta tarea se desenvuelve en espacios compartidos, públicos y representativos de la vida social. Las manifestaciones buscan ocupar espacios y discusiones públicas para “tender un puente entre el tiempo extraordinario de la protesta y el tiempo ordinario de la vida cotidiana, entre lo estructural y lo coyuntural, que encuentra en el emplazamiento las condiciones para abrir una política del estar-ser-decir juntas y juntos de otro modo” (Reguillo, 2021: 73).

De igual manera, el analizar estos fenómenos a partir de la idea de identificación e identidad como proceso rompe con la idea común de la unicidad, la estabilidad y homogeneidad y nos

permite entender las diferentes negociaciones e interlocuciones entre grupos cuyas características, creencias y solidaridades están orientadas a otros intereses y sectores, pero que se articulan a través de códigos comunes. Las intervenciones buscan generar una ruptura con aquellas memorias y valores ligados a los grupos para insertar en el entorno urbano la exigencia de justicia, el rechazo a la impunidad y la corrupción, la defensa de la democracia, de regímenes teocráticos o de dominación colonial, e incluso de apoyo a políticas superioridad racial.

Las novedosas estrategias generadas por los nuevos movimientos sociales buscan escapar de los cercos impuestos por los medios tradicionales, por lo que crean espacios de intercambio y formas búsqueda inventiva de tender redes para lograr articular estos cuestionamientos y replanteamientos simbólicos con sectores más amplios de la sociedad. Las prácticas que ocupan las calles y hacen estos espacios públicos escenarios de creación de nuevos rituales y de reconfiguración de la ciudadanía. A este respecto, emerge el concepto espacio como una categoría social y cultural con un gran peso, pues este se constituye a partir de la sedimentación de prácticas colectivas y cuya reproducción también depende de la esfera de lo simbólico.

Este marco teórico-conceptual esperamos sienta las bases para identificar, entre aquellas manifestaciones, los cuestionamientos centrales en la discusión pública, los flujos cambiantes de las narrativas históricas, los usos de la memoria y como todo esto desata transformaciones en instituciones, pero también en la sociedad civil. Ya sea por generar mayor participación ciudadana, o por amplificar disputas, será sugerente ver coincidencias y redefinición de los símbolos que se están utilizando, qué ideas son las que se están disputando para mapear los conceptos, las ideas y las experiencias que se encuentran en crisis de acuerdo con algunas movilizaciones que activan el espacio público en fechas recientes.

Bibliografía:

- Achugar, H. (2000), Prólogo, en Appadurai, A., *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Trilce.
- Appadurai, A., (2001), *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Trilce.
- Arfuch, L. (2005). *Identidades, sujetos y subjetividades*.

- Barbieri, A. (2018). Diálogos para la estética de la deconstrucción. Monumentos, antimonumentos y dispositivos de recuerdo, memorias y prácticas. *Questión*, 1 (59), 15.
- Calveiro, P. (1998) *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Colihue.
- Castells, M. (2010), Globalización, identidad y Estado en América Latina. En *Raiyen*.
https://flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1266426228.globalizacion_castells.pdf
- Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos (12 de abril de 2023) “Conferencia de prensa: CMDPDH asume la representación legal de la Glorieta de las Mujeres que Luchan”. Disponible en:
<https://www.facebook.com/AntimonumentaVivasNosQueremos/videos/515025824172580>.
- Comisión Nacional de Búsqueda. (2023, marzo). *Programa Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas y No Localizadas*.
http://www.informeseuridad.cns.gob.mx/files/homicidios_28072023_v2.pdf
- Comisión Nacional de Seguridad. (2023, 28 julio). *Víctimas reportadas por delito de homicidio (Fiscalías Estatales y Dependencias Federales)*.
https://comisionacionaldebusqueda.gob.mx/wp-content/uploads/2023/05/2DA-PNBP_Final_V7_19052023_ConLogosyDisclaimer-1.pdf
- Dosse, F. (2012). *El giro reflexivo de la historia: recorridos epistemológicos y atención a las singularidades*.
- Duhau, E. y Giglia, A. (2008) *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. Siglo XXI/ Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, Ciudad de México, México.
- Florescano, E. (1997). *El patrimonio nacional de México: Tomo I*. CONACULTA/ Fondo de Cultura Económica.
- García Canclini, N. (2004), *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa.
- Grimson, A. (2011), *Los límites de la cultura*. Siglo XXI editores.
- Grimson, A. (Comp.) (2004). *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Clacso

- Hall, S. (2003), Introducción: ¿quién necesita «identidad»? [1996] en Hall y Du Gay (comps.), *Cuestiones de Identidad cultural*. Amorrortu.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu editores.
- Hernández Castillo, R. Aída (2019) “La antropología jurídica feminista y sus aportes al trabajo forense con familiares de desaparecidos: alianzas y colaboraciones con “Las Rastreadoras de El Fuerte””, *Revista Sobre Acesso à Justiça e Direitos Nas Américas*, 3(2), pp. 94-119. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7050404>.
- Huyssen, A. (2007). *En busca del futuro perdido*. Fondo de Cultura Económica USA.
- Jackson, J. E. (1995), Cultura genuina y espuria: las políticas de la indianidad en la región del Vaupés, Colombia, en *American Ethnologist. The Journal of the American Ethnological Society*, 22(1): 3-27, febrero
- Le Clercq, J. A. L. C. O., Cháidez, A. C. M., & Rodríguez, G. R. S. L. (2022). *Estructura y función de la impunidad en México. Índice Global de Impunidad México 2022 (IGI MEX-2022)*. Fundación Universidad de las Américas.
- Lomnitz, C. (2021, 5 marzo). *Interpretación del “tejido social rasgado”*.
- Ortiz, I., Burke, S., Berrada, M., & Cortés, H. S. (2021). *World Protests. A Study of Key Protest Issues in the 21st Century*. Springer Publishing. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-88513-7>
- Paz Fernández, N. (2016). *Memoria histórica y arte público. Una aproximación a las prácticas del siglo XXI*. Universitat de Barcelona.
- Reguillo, R. (1996) *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Universidad Iberoamericana/ ITESO.
- Reguillo, R. (2017). *Paisajes insurrectos: Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. NED Ediciones.
- Reguillo, R., & Cruz, R. R. (2021). *Necromáquina: cuando morir no es suficiente*.
- Ricoeur, P. (2003). *Tiempo y narración: Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*.

Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública & Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana. (2023). *Informe de Incidencia Delictiva Fuero Común*.

<https://drive.google.com/file/d/1cHOAzikZYi8Jq5Z7ZmRFhxGCYLl0Ngxs/view>

Silva, A., & Téllez, A. S. (2006). *IMAGINARIOS URBANOS*.

Sybille, F. y Ristic, M. (2020) Urban fallism, *City*, 24:3-4, 552-564, DOI:

10.1080/13604813.2020.1784578

Tamayo, S. (2005). *Identidades urbanas*. UAM.

Vidal, C. T. (2021, 15 septiembre). Cómo el estallido social está reescribiendo la historia de Chile. *Sputnik Mundo*. <https://mundo.sputniknews.com/20200208/como-el-estallido-social-esta-reescribiendo-la-historia-de-chile-1090406214.html>



Casa abierta al tiempo
 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-IZTAPALAPA
 DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
 POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD  IZTAPALAPA

Casa abierta al tiempo

19 SE 2023

COORDINACIÓN DE
 SISTEMAS ESCOLARES

CONSTANCIA DE EVALUACIÓN DEL ENSAYO
 PARA LA OBTENCIÓN DEL DIPLOMA EN LA
 ESPECIALIZACIÓN EN ANTROPOLOGÍA DE LA CULTURA

DÍA	MES	AÑO
29	09	2023

ALUMNA: MARTÍNEZ MATADAMAS MARIANA

MATRICULA: 2223802204

TRIMESTRE 23-P

DIRECTOR: DR. EDUARDO VICENTE NIVÓN BOLÁN

LA ALUMNA PRESENTÓ EL ENSAYO TITULADO:

Movimientos socioculturales y sus intervenciones en el espacio

OBTENIENDO LA CALIFICACIÓN DE:

APROBAR

NO APROBAR



DIRECTOR DEL ENSAYO

DR. EDUARDO VICENTE NIVÓN BOLAN

COORDINADOR DEL POSGRADO

DR. PABLO CASTRO DOMINGO